

# EL TESTIMONIO DE LOS VENCIDOS

por DIEGO MIRAN

La historia de la conquista de América por los españoles se ha escrito a partir de crónicas y documentos debidos exclusivamente a los conquistadores. Había alguna vez que preguntarse cómo vieron los pueblos sojuzgados a los invasores, qué pensaron de ellos, cuál fue su actitud ante la gente llegada de ultramar que destruyó el mundo aborigen, pueblos, reyes y dioses. A esta interrogación ha respondido ya el profesor Miguel León-Portilla, el más agudo investigador de la literatura mexicana antigua. Mediante "relaciones indígenas de la conquista" ha organizado un libro extraordinario, en el cual no se sabe si apreciar más la riquísima variedad de las fuentes, que revelan el trasfondo de la gran cultura de Anáhuac, o la belleza con que la mayoría de los textos, si no la totalidad, deslumbran al lector contemporáneo. "Visión de los Vencidos" es el título del volumen publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México en su excelente Biblioteca del Estudiante Universitario (segunda edición, 1961). Tanta es la calidad de esta recopilación, puntualmente anotada, que varias editoriales de lengua extranjera ya la han incorporado a su fondo bibliográfico (Beacon Press, de Boston, y el Instituto Columbianun, de Génova, han puesto en circulación las respectivas ediciones en inglés e italiano).

Las fuentes de esta antología de la "visión de los vencidos" son: los cantares de los últimos poetas nahuas, festivos de la catástrofe de su pueblo; una relación anónima de Tlatelolco (Biblioteca Nacional de París), la que parece ser una historia escrita en náhuatl por indios que aprendieron el alfabeto latino; los testimonios pictográficos (Códice Florentino, Lienzo de Tlaxcala, Códice Aubin y Códice Ramírez); las crónicas de autores indios (Alvarado Tezozómoc, Muñoz Chimalpain Cuauhtlehuantzin, Anales Tepanecas), y por último, los testimonios de los aliados de Cortés, el historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl principalmente. Traducidos estos documentos por Angel M<sup>a</sup> Garibay, quien ha logrado conservar, sin duda, el espíritu fuerte y grave de los autores, mantienen vivo en español el dramatismo patético, la simple autenticidad poética, el inmenso valor testimonial, todas sus virtudes originales, nunca más virtudes y más originales que hoy. No en vano, América vuelve los ojos a sí misma, al alma prístina de su autoctonía.

Imposible dar en una sumaria nota cuenta cabal de la huella que deja la lectura del libro. Habría que aludir, primero, a la certitud inicial de los mexicanos —acendrada por los presagios— de que su dios Quetzalcoatl retornaba luego de su larga ausencia en la figura de los tripulantes de las naves hispanas, y luego al estupor que la soldadesca y los capitanes a caballo, el fuego de arcabuces y cañones, el deseo de oro que los domina, etc., producen en los conquistados, y cómo éstos cambian la primera visión en otra más realista, pero señalando de qué modo entre aquella y ésta la "invención" de los conquistadores por los aztecas nunca deja de estar empapada por un verdadero "sentimiento trágico". Este penetra con pura fuerza emocional en el corazón de quien recoge, en las páginas del breve e intenso tomo, tanta preciosa revelación en cuanto a la grandeza de la agonía azteca: la infinita tristeza de Motecuhzoma, el heroísmo de Tzilacatzin, la rendición y la tortura del noble Cuauhtémoc, la matanza de la fiesta de Tóxcatl por Alvarado, la reacción de los guerreros nativos y la "Noche Triste", los episodios todos, uno a uno, de este crepúsculo mágico de oro y sangre. Resta, al concluir las páginas de "Visión de los Vencidos", una angustia, una sensación de pesadilla, un sabor de pura alucinación. Los mismos, por cierto, que pusieron en ellas sus inconsolables redactores.

He aquí unas pequeñas muestras. La resignación de Motecuhzoma: "...no pudo ocultarse, no pudo esconderse. Ya no estaba válido, ya no estaba ardoroso; ya nada se pudo hacer... No hizo más que esperarlos. No hizo más que resolverlo en su corazón, no hizo más que resignarse; dominó finalmente su corazón, se recomió en su interior, lo dejó en disposición de ver y de admirar lo que habría de suceder". La expresión de los españoles ante el oro: "...Como si fueran monos levantaban el oro, como que se sentaban en ademán de gusto, como que se les renovaba e iluminaba el corazón". La lamentación de los derrotados: "Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe, / y era nuestra herencia una red de agujeros. / Con los escudos fue su resguardo, / pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad".

"Visión de los vencidos" está servida por fieles copias de las ilustraciones de los viejos códices, debidas a la pluma de Alberto Beltrán, y tiene un Apéndice acerca de la "Evolución Cultural del México Antiguo", que completa el cuadro histórico que brindan los textos hilados por León-Portilla.

Al lector peruano de este libro se le ocurre fácilmente que una empresa semejante en lo que respecta a la conquista del Perú sería de enorme utilidad: una "visión de los vencidos incas". Una edición similar a la del volumen de que hemos dado insuficiente noticia aquí no debe, pues, tardar.